

Algunos Pájaros Son Llamas

EL TIEMPO, GRAN ESCULTOR
Marguerite Yourcenar. Ediciones Ataguara, Madrid, 1989. 249 páginas.

por Ana María Larraín

Y la Yourcenar es llama en el tiempo. Fallida hace no más de tres años, la autora de *Moscerías* de Adriano y *Opus Nigrum* dejó ardiendo la imprenta de su fuego tanto en el delicado rigor de la lengua francesa como, lo que es más difícil aún, en la desahogada imaginación y reinventón de la Historia Visigoda abacinada pero siempre alerta a los guños de la realidad, la proza cultural de su escritura la colica, a riesgo de dejar a la vera a los menos exigentes, en un camino de creación poética que comienza y termina en Homero. Más que la virtud heroica, no obstante, interesa a su talento psicológico esa figura de rasgos que levanta, con la fuerza ineludible de la verosimilitud, a sus controvertidos personajes de la temida.

Para nadie es un misterio que Yourcenar renuncia, en efecto, cada época con el soplo auténtico del espíritu, en vez de contentarse meramente con la reconstrucción de sus fórmulas y voces. Y si hombres y no héroes son los que dibuja, en captación de lo esencial, su arcada plana, es porque para ella no hay búsqueda comparable a la de la humanidad agazapada entre ropajes y costuras. Plutónica por voluntad, afición y vocación, Marguerite Yourcenar extrae, cincel en mano, la belleza que a su juicio está en una y todas las cosas, aduciendo de un pacifismo exultante. A ella se le alarga el alma y, a sus lectores, la vida... vidas "que pueden ser bellas por diferentes razones, por su abundancia o su firmeza", vidas que pueden ser "suéltidas" o, bien, "seculturales".

La suya, en todo caso, partitipo de ambas cualidades, moviéndose con soltura de pez en las aguas del tiempo (que es el dominio de la suya) y en los ámbitos del espacio, arcada del escultor. Soch y Miguel Ángel son la tierra de sí misma y, aunque variados parecen los nombres que pueblan su espiritualidad, al cristianismo le debe, si no una fe excluyente y exclusiva, la parte medular —el ritual— de su historia. Nada de excusas, que quede claro, para Yourcenar, lo que hasta aquí aparece como tal constituye la materia misma de este libro, un conjunto de reflexiones que abarcan casi medio siglo de inteligencia y cuyo hermoso título está tomado de uno de sus más elocuentes ensayos: *El Tiempo, Gran Escultor*. En cantidad de diccionario y calidad de ensayo, la desigualdad de los artículos y ensayos incisos no radica,

por cierto, en su forma (ella no conoce las llamas del estilo), sino en la mayor o menor trascendencia del contenido, así como en el interés o desinterés —léase, a fin de cuentas, universalidad— que despiertan sus temas en una lectura más leiga... o situada, simplemente, en otro contexto.

Así, el desarte empieza por sus oraciones de infancia ecologista, alguna de las cuales debió permanecer inédita (*Anales de Herodesa Piel*) y continúa con *Una Civilización de Compartimentos* Esteases, que no merece salir del "Págaro". De sus tres bocetos marcoscos reluce, por su valor ético y estético (dúpla inseparable en la intención de la escritura), el de Juana de Viteinghoff, tan desconocida para nosotros como los otros dos homenajeados. Su vida y su obra, sin embargo, más que su muerte, dan pábulo a conclusiones brillantes y, a la vez, cortizas: "Hay almas que nos hacen creer que el alma existe". O, a vuelo de ave parafusada: "La verdad para ella no era un punto fijo, sino una línea ascendente". Amén, procedimiento raro en esta muestra, de la transcripción de originales como el siguiente, que da fe de esa destrieda tan cara a la poetisa Marguerite: "Yo quisiera, oh Dios, poder cada mañana, si elevar hacia ti mi mirada, ofrecerte mis manos vacías".

Escrito en un Jardín no tiene más ventura que el que sus límites alforísticos —y casuales— lo imponen, si bien entrega las relícs que sumergen a esta mujer en la tierra, mientras asegura que "el árbol re-

za a la luz divina" y el aire es "el apuesto extranjero sin el cual no se puede vivir". De textos más sencillos la atención se desvía, para prendarse de veras, hacia algunas notas libremente eruditas, dedicando sobre unas líneas a Breda, El Venerable y, por encima de otros, Tono y Leuquale en la *Novela Histórica*. Aquí aborda, con lucidez insólita, el método utilizado por ella misma para dar con justicia en uno de los blancos más difíciles de la literatura, según lo obtenido en Adriano y Opus Nigrum. Junto a otros apuntes donde alude con hondura a determinados matices de las fiestas cristianas, *La Nobleza del Presense* resume espléndidamente la visión poética que tienen los japoneses de la muerte, incorporando el ejemplo muy querido de Mishima y dejando constancia de una admiración (con causas) por culturas milenarias, asistidas por esa doble vertiente de energía creadora y autodestructiva. Una maravillosa reivindicación de la sensualidad late, finalmente, bajo las páginas dedicadas a la India (*Gita-Govindan*), en tanto despunta en el resto de sus escritos la solidez de los cuatro pilares de su pensamiento vital: el amor y la belleza (*Sixtina*), el tiempo (*Gran Escultor*) y un irrefragable misticismo.

Presente en el pulso de su literatura, un mundo de intensa vida interior asoma en el rescate del presente o "de los accesorios del pasado". Bastaría con esto para emprender una lectura reflexiva y asombrada de estos textos menores de Marguerite Yourcenar. ■



Marguerite Yourcenar

Biografía

LA novelista francesa Marguerite Yourcenar (1903-1987), cuyo nombre original era Marguerite de Cra-yencourt, nació en Brussels de padre francés y madre belga. Después de estudiar en Francia, Inglaterra y Suiza se radicó en Nueva York donde impartió clases de literatura francesa.

Su primera novela, *Alexis o el tratado del asil combatido*, aborda el tema de la oposición existente entre el convencionalismo y la libertad.

Entre sus obras más importantes figuran *Págaro*, *Cuentos orientales*, *Como el agua que fluye*, *Reverberaciones*, *Archivos del sueño*, *El denario del sueño*. El tipo de gracia, A beneficio de inventario y *Opus Nigrum*, que obtuvo el premio Pó-nina en 1981.

Texto Escogido

"No voy a ir más lejos. Gherardo. No te acompañaré más porque el trabajo apremia y yo soy un hombre viejo. Soy un viejo, Gherardo. En ocasiones, cuando quiero ver conmigo solo, voy a la casa de mi padre, a la casa de mi madre. Pero yo no voy lejos. Yo me encuentro a una mujer que fuera la hermosa, como mis figuras de piedra, a una mujer que pudiera permanecer inmóvil durante horas, sin hablar, como algo necesario que no se vea actual, para ser, y que me hubiera dividido que el tiempo pasa, puesto que ella sigue ahí. Una mujer que se dejara entrar sin secretos ni ruborizarse, por haber comprendido que la belleza es algo grave. Las mujeres de piedra son más castas que las otras y sobre todo más firmes, sólo que son sólidas. No hay figura por donde pueda introducirse el alcaz o el placer, la muerte o el germen del hijo, y por eso son menos frías. A veces se rompen y su belleza permanece por entero en cada fragmento de mármol, igual que Dios en todas las cosas, pero nada extraño entra en ellas para hacer que les estalle el corazón."

Algunos pájaros son llamas [artículo] Ana María Larraín.

Libros y documentos

AUTORÍA

Larraín, Ana María

FECHA DE PUBLICACIÓN

1990

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Algunos pájaros son llamas [artículo] Ana María Larraín.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile